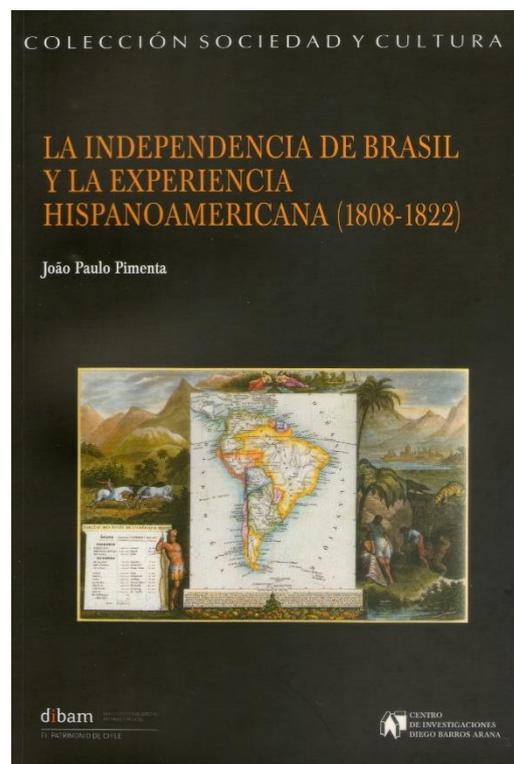


João Paulo Pimenta

La independencia de Brasil y la experiencia hispanoamericana (1808-1822)

Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos – Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2017 (1ª. ed. en portugués: São Paulo, Hucitec-Fapesp, 2015), 422 pp.
(Traducción de Óscar Javier Castro)

Wilson González Demuro
Universidad de la República, Uruguay



Este libro continúa el estudio de los procesos revolucionarios iberoamericanos iniciado por Pimenta en *Estado e Nação no fim dos Impérios Ibéricos no Prata: 1808-1828*, publicado en 2002 (con edición en español: *Estado y nación hacia el final de los imperios ibéricos: Río de la Plata y Brasil (1808-1828)*, Buenos Aires, 2011). Entre ambos trabajos, el historiador brasileño publicó una colección de seis ensayos (*Brasil y las independencias de Hispanoamérica*, 2007) y un par de volúmenes en coautoría con Andréa Slemian (*O “nascimento político” do Brasil: as origens do Estado e da nação (1808-1825)*, 2003; *A Corte e o mundo: uma história do ano em que a família real portuguesa chegou ao Brasil*, 2008), que sumados a numerosos artículos sobre temáticas cercanas consolidan una relevante producción académica en la cual la emancipación del continente es examinada como proceso complejo, rico en interacciones y pasible de estudio conjunto. Pimenta rebate con argumentos sólidos las interpretaciones teleológicas y las que descansan en los principios del nacionalismo metodológico, dos formas de hacer historia aún muy resistentes y

frecuentemente asociadas, por cierto. Desde hace casi dos décadas, su obra viene dialogando fluidamente con diversos enfoques la historia conceptual, la historia atlántica y la historia global.

La mencionada continuidad entre *Estado y nación* y el presente volumen tiene que ver con las circunstancias en que ambas investigaciones se llevaron a cabo (la primera surgió como tesis de maestría y la segunda como tesis doctoral) y con los objetos de estudio, hipótesis, abordajes y apoyaturas documentales que ambas exhiben. Pero hay entre ellas, naturalmente, diferencias temáticas y hermenéuticas. Si en *Estado y nación* el foco se puso en Argentina, Brasil y Uruguay como Estados que surgieron tras un intrincado proceso no lineal, en el que otras opciones estuvieron sobre la mesa, la especificidad de *La independencia de Brasil* es analizada dentro del cuadro general de la experiencia revolucionaria moderna, acelerada con la profunda crisis de las monarquías ibéricas a comienzos del siglo XIX.

El volumen contiene una introducción, cuatro capítulos y unas breves conclusiones. La primera sintetiza una serie de reflexiones teórico-metodológicas en las que el autor presenta una propuesta de interpretación apoyada en las categorías *espacio de experiencia* y *horizonte de expectativa*, formuladas por Reinhart Koselleck. Examina, además, las ideas de *nación* y formación de *opinión pública* circulantes en el ámbito lusohispano, así como las conceptualizaciones de Antiguo Régimen propias de la historiografía sobre los siglos XVIII y XIX. En la página 31 queda claramente expuesto el eje temático sobre el que se asienta toda la indagación: “La principal tesis sustentada es que las transformaciones políticas en curso en la América española durante la crisis y disolución del Antiguo Régimen constituyeron un ‘espacio de experiencia’ para el universo político lusoamericano, en gran medida responsable por las condiciones generales de proyección y consecución de ‘horizontes de expectativa’ en la América portuguesa, de los cuales resultó un Brasil independiente, nacional, soberano, monárquico y esclavista. Este espacio de experiencia, a su vez, se inscribe en otro más amplio, el de las ‘revoluciones modernas’”.

Los primeros tres capítulos presentan cortes cronológicos precisos. “Iberoamérica y la crisis de las monarquías (1808-1809)” pone el foco sobre ese breve período —que François-Xavier Guerra denominara “bienio crucial”— en el cual la creciente amenaza de una irradiación revolucionaria a los territorios americanos modificó de diferentes maneras las relaciones entre ambos reinos ibéricos. Por encima y por debajo de los tradicionales alineamientos España/Francia y Portugal/Inglaterra, el temor a la propagación de los principios antimonárquicos, encajados en la expansión napoleónica, llevó a que el nuevo gobierno de Río de Janeiro buscara conocer bien lo que ocurría en los dominios hispánicos e interactuar con su realidad. Los numerosos antecedentes en materia de imbricación de “lo portugués” y “lo español”, el peso de Inglaterra en las acciones diplomáticas y económicas, el auge de la primera oleada juntista y el proyecto *carlotista* con sus ramificaciones hispanoamericanas son elementos claves de este tramo del texto. Se demuestra que fue sobre todo en el Río de la Plata donde “este cruce de trayectorias compartidas comenzaría a configurar un nuevo espacio de intercambios” entre las Américas portuguesa y española, “a partir de condiciones preexistentes, [...] pero agregándoles un gran número de nuevos elementos de orden político” (p.81).

El segundo capítulo es “Brasil y el comienzo de las revoluciones hispanoamericanas (1810-1813)”. Presenta, región por región, las reacciones generadas por la situación ibérica y cómo fueron recibidas en Brasil hasta que se firmó el acuerdo por el cual, tras la renuncia de José Bonaparte, Napoleón y Fernando VII pactaron la neutralidad española en la guerra entre Francia y sus enemigos. Muestra el estado de incertidumbre en que vivía la élite monárquica y su entorno carioca, urgidos por conocer de la manera más completa posible la oscilante realidad continental, pautada por avances revolucionarios seguidos de la recuperación, muy fuerte en algunas zonas, del bando legitimista. Pimenta registra el intenso intercambio de correspondencia con el exterior y la atención que se prestaba a lo publicado en la prensa periódica, cuya elevada importancia como actor político queda claramente expuesta a lo largo de todo el libro. Del mismo modo, el gobierno de Río controló la actividad local de ciertos grupos de europeos. A los franceses, mirados con particular desconfianza desde 1808, se sumaron los españoles, casi ignorados hasta 1810. Entre ellos, quienes más

preocupación causaban eran los que iban hacia o provenían desde el Río de la Plata. Los contenidos de algunos documentos provenientes de esta región demuestran que “los motivos de recelo de los estadistas portugueses” acerca de posibles desórdenes revolucionarios en Brasil “no eran pocos” y que “los caminos de la América portuguesa estaban, en 1810, definitivamente unidos a los del vecindario hispánico” (p.104).

El siguiente capítulo es el más extenso y tiene un título significativo: “Brasil y la restauración hispanoamericana (1814-1819)”. Tras su regreso al trono español, el absolutismo fernandista se fijó el doble propósito de “barrer los resquicios del liberalismo peninsular [y] reconquistar el ultramar insurgente” (p.165), donde la reacción monárquica logró manifestarse con dureza en determinados puntos. El autor reitera el uso de una eficaz herramienta analítica, como es exponer la diversidad del proceso hispanoamericano y su impacto en un Brasil que, ya transformado en reino con afanes expansionistas, no permaneció indiferente ante la coyuntura general. El escenario atlántico, por entonces plenamente favorable al rebrote legitimista, favoreció el empuje reaccionario. Pero esta reconfiguración de los esquemas de poder imperial generó no pocas resistencias en Portugal, donde amplios sectores vieron con inquietud cómo Río de Janeiro desplazaba progresivamente a Lisboa del centro político. En esa perspectiva son examinadas dos cuestiones fundamentales y en apariencia diferentes. La primera de ellas es la anexión de la Banda Oriental, iniciada en 1817. Uno de sus objetivos centrales era terminar con el radicalismo “anárquico” del artiguismo, término que para el autor no remite a un “movimiento cohesionado, [...] integrado por partes homogéneas o equivalentes” sino a una “heterogeneidad de posiciones, de niveles de representaciones [y proyectos políticos] bastante variables” (pp.211-212). La segunda es el republicanismo de Pernambuco (1817), demostrativo de que “definitivamente las ‘desgracias’ [...] de la América portuguesa” se acercaron “a las de la América española, generalizando la posibilidad de subversión revolucionaria (y republicana) en todo el continente” (p.252).

Por último, “Las independencias de América y de Brasil” mira hacia el bienio 1820-1822. La gravitación del movimiento liberal de Oporto sobre los intercambios entre Río y Lisboa centra el interés del autor, al igual que el avance

de los diversos republicanismos hispanoamericanos y el lugar de la “cuestión oriental” en la secesión brasileña. Estos asuntos no son estudiados como “sub-temas” ni como epifenómenos de otros procesos; en este caso, la hipótesis es que el constitucionalismo portugués combinó con el de España y con el progresivo desmembramiento de su imperio en América, hecho que influyó decisivamente en la transformación brasileña de la pre-independencia. La invasión de la Provincia Oriental (convertida en Cisplatina en 1821) no se explica solamente por la peligrosidad del artiguismo, sino más bien porque “la totalidad de la América española revolucionada [...] había dado motivos” para la acción militar de 1817 (p.361). En cuanto a las características de la independencia brasileña, Pimenta matiza la conocida fórmula “el Estado crea la Nación”: lo que se independizó en 1822 “era ‘un gobierno’, ahora brasileño, a partir del cual serían construidos un ‘Estado’ y una ‘nación’ también brasileños”. Si bien los indicios de la configuración del primero fueron anteriores y más fuertes que los de la nación —que por algún tiempo seguiría autoidentificándose portuguesa—, “el proceso corre articulada y paralelamente, y no se encierra de forma alguna en la elaboración teórica convencional” (p.394).

Finalmente, el tópico de la excepcionalidad brasileña es rediscutido en las conclusiones. En concordancia con lo demostrado en los capítulos anteriores, se vuelve a subrayar que el camino recorrido por Brasil hasta 1822 “no tenía nada de natural o de inevitable”. El Estado nacional fue forjándose, “en buena medida, a consecuencia de la creación y recreación de lo que juzgamos apropiado definir como la ‘experiencia hispanoamericana’, parte de una experiencia revolucionaria moderna” que en Brasil operó simultáneamente como paradigma negativo y positivo, aportando saberes para definir qué descartar y qué asimilar de ella (pp.400-402).

No es novedad que la huella que deja un libro depende, entre otros factores, de su calidad y del momento en que es leído. En tiempos en que el régimen democrático brasileño y el republicanismo en general son gravemente desafiados, el contundente trabajo de João Paulo Pimenta nos recuerda la importancia de abordar el pasado latinoamericano como tal, desde una postura integradora que evite la superposición de los recortes temáticos y los límites estatales, siempre más estrechos que los problemas históricos.♦